

llanos inmensos que señorea, fertilizando con su riego vivificador los terrenos. Aumento el arte sus caudales, que la destituye y el abandono disminuyen de día en día; cubrense sus márgenes de bajales que exporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras producciones de todo género, nuestros artefactos de platería y de curtidos; cobre vida el comercio, casi casi moribundo en esta ciudad, y desaparezca la miseria y la desolación y el monopolio que nos exterminan por momentos, tornando á la hermosa Córdoba, á la opulenta corte del soberbio Almanzor en una triste y silenciosa aldea, donde sólo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazón.

¡Oh, Córdoba, Córdoba! amada patria mía: permítame á mi labio que lameinte tus desgracias presentes; permítame á mi pecho que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado, y al recordar tus antiguas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Mas no, ¡oh ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos! no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu sociedad patriótica lloran conmigo tus desastres, y dedican sus tareas y desvelos á tornarte á tu antiguo esplendor y á tu debida grandeza y majestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente á la depredación y barbarie del tiránico gobierno francés, que tenía decretado el último golpe á tu expirante agricultura. Ellos luchando cuerpo á cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal, alimentaron, animados de la más pura humanidad, á tus infelices habitantes, que iban ya á ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educación de las niñas desvalidas de tu recinto, que serían sin sus desvelos presa tal vez del desenfreno y de la desmoralización. Ellos han traído á tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin

ilustración no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan á derramar su benéfica influencia por tu seno con gloria y ventajosa tuya, y lustre de la nación entera. Pues ciertamente en tí que fuiste emporio de la sabiduría bajo el imperio sarraceno, y en tí cuna de los mayores ingenios del mundo; deben ser cultivados todos los ramos del saber humano como en su propio trono. Si; los miembros de tu sociedad patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, redoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educación pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando á facilitar tu navegación interior, y protegiendo las ciencias y las artes, botarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable corporación! ¡oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal de mis ofertas: ni os aterra tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son hartos ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el destino ver en nuestros días el feliz resultado que anhelamos, prepararnos á lo ménos el camino por donde lo consigamos que nos suceda en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frío ceño del egoísmo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la superstición; sigamos majestuosamente nuestra marcha hacia el bien, como el sol venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina sin que nada le interrumpa por la

vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto existe en la naturaleza. Nuestro celo podrá excoigir recursos, nuestro ejemplo animar á los que por falta de temple de alma no se deciden á lo bueno, aunque lo conocean; nuestros clamores para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas á que abran sus inútiles tesoros para dar cima á nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas, y nuestras reverentes reflexiones romperán las trabas que la entorpecen. Si; no serán infructuosos nuestros afanes, conseguiremos nuestro sublime objeto. Animo, ilustrados y generosos compatriotas: las luces del siglo, que se esterecen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nuestros activos magistrados, y la protección de nuestro católico Monarca, que hora con decidida protección las sociedades patrióticas de España, nos convidan á redoblar nuestros esfuerzos en bien de la deliciosa provincia cordobesa. Animo, y no desmayemos jamás.

¡Qué ocupación más grata que la de desvelarse noche y día por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes! ¡Y quién puede llenarla más santamente, más á cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupación nos constituimos sin más interés personal, sin más esperanza de premio que la satisfacción que resulta á los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa humanidad!... Este es el único galardón que apetecemos, galardón el más rico y esplendente. Las riquezas, los honores, y aún la fama misma, suele repartirlas injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia á los seres más inútiles y tal vez más perjudiciales de la tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien, es siempre la corona de la virtud, corona más apreciable, más esplendente, más encantadora que la que ciñe las sienas de los soberanos, y que las murales y triunfadoras que dieron á sus héroes las antiguas naciones.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA LA TARDE DEL 29 DE OCTUBRE DE 1834

SEÑORES:

Al tener la honra de tomar asiento en esta sala, como individuo de la Academia Española, veo cumplido uno de mis más ardientes deseos, que me ha acompañado como una ilusión, como un imposible, en mis peregrinaciones y desventuras. Y ahora que la inestabilidad de la suerte y la bondad de los ilustrados académicos que componen esta corporación respetable han realizado, sin merecerlo yo, mi anhelo de tantos años; no desahogaré mi corazón si no les manifestara mi cordial agradecimiento.

Idólatra por instinto de mi lengua nativa desde mi infancia, la he cultivado con tesón, ya que con buen éxito, toda mi vida... ¿Y cómo podía dejar de apasionarme de tan hermoso idioma, habiendo sido educado en el Real Seminario de Nobles de esta corte, cuando la expedición de Catalanes y Aragoneses, escrita por Moncada, era el primer libro que, después de la cartilla, ponían en nuestras manos, y cuando en el curso de nuestros metódicos estudios, Garcilaso, Cervantes, Herrera, los tres Luisés, Mendoza, Mariana, Solís, Meléndez y Jovellanos eran los autores con quienes nos familiarizaban? Acostumbrado, pues, á estudiarlos de día y de noche, y á retener sus mejores trozos en mi memoria; imitarlos y aun copiarlos fué mi único anhelo, desde que en mi primera juventud empecé á cultivar las letras, y á dedicarme casi exclusivamente á la poesía: pugnando siempre por dar á mis frases y períodos el sabor peculiar de nuestra lengua, y el giro establecido por nuestros buenos escritores. No soy tan jactancioso que crea haberlo conseguido; pero lo alego como mérito, porque lo es siempre el trabajo constante empleado para llegar á un fin glorioso, aún cuando éste no se consiga, por debilidad de las propias fuerzas, en que no tiene dominio alguno la voluntad. De lo que sí me jacto, señores, es de haber mirado siempre con horror la plaga bárbara de modismos peregrinos, de frases advendizadas, y de palabras exóticas, con que afearon y corrompieron nuestra hermosa lengua castellana la turba de traductores famélicos, que apareció en nuestro suelo, desde que el trastorno político y la mudanza de dinastía, ocurridos el siglo último, nos hicieron de mal grado ver, oír, pensar y hablar á la francesa. Por lo mismo, pues, que siempre miré con horror el daño incalculable hecho así al habla hermosa de mis abuelos; no

aparté nunca los ojos de esta corporación ilustre, creada por providencia divina al mismo tiempo que nació el mal, como para combatirle y deshacer su maléfica influencia; y este objeto lo ha tan completamente llenado la Academia que pudiera decirse que el crisol que le sirve de emblema, apareció desde luego, y ha ardidido siempre como un faro que enseña la entrada del puerto seguro, entre las tinieblas de la noche, y la confusa ceguedad de los hincharos mares. Conocidos son los esfuerzos de la Academia Española por conservar puro y con mejoras el depósito que se confió á su celo: su gramática, y su diccionario, y las obras premiadas por esta ilustre corporación en los certámenes públicos, han sido sin duda los puntales que han impedido el desplome total del edificio.

Cuando llegó el memorable año de 1808, en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y hasta en los partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español. Y muy luego en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos en todas partes hacerse alarde, de palabra y por escrito, de frases que yacían en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duración y harto borrascosa que vino después; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras y al adelanto del idioma. ¿Y en los últimos diez años habrían podido por ventura hacer aquellas muchas progresos, y encontrar éste grandes ventajas?... No me toca á mí, señores, deslindar este punto... A fines del infausto año de 1823 salió prófugo y proscrito de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia; y el no oír la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privación más grande y una de las más dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma

patrio, un Quijote, y la colección de poesías castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escuchaba y con cuya amistad me honro; me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones... ¿Cuántas veces bajo los gigantes árboles de los bosques de Kensington, en medio del borrascoso mar Cantabrio, en las verdes aguas del Mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenegro, sobre los dorados escollos de Malta, al través de las deliciosas islas del mar Egeo, en las apacibles márgenes del Loira, y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar al ambiente (el ambiente que no había nutrido mi infancia y que estaba lleno de susurros, de idiomas para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamá en la cuna), con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes... Si, muchas veces; y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciados por mí con voz doliente y pecho palpitante, y repetidos con sorpresa por los ecos extranjeros, ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y del porvenir, ó me sumergían en aquel recogimiento profundo que inspiran la desgracia y la persecución no merecidas, y de que nacen la resignación á los decretos del cielo y el desprecio amargo de la injusticia de los hombres. Si, señores; así como Mr. de Chateaubriand se vanagloria de haber bebido siempre en los ríos célebres que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; yo me glorio, y creo que con más razón, de haber hecho siempre resonar en alta voz mi idioma patrio por cuantos mares y por cuantas tierras me ha arrastrado mi adversa suerte.

Llegó por fin el venturoso día en que apiadado el Omnipotente de las lágrimas de los buenos y de los desastres del pueblo español; dispuso remediar sus males y poner término á sus desventuras. Apareció la inmortal *Cristina*, así como aurora de un nuevo día de gloria y de prosperidad. Su mano benéfica abrió las puertas de la patria, con honra, á los injustamente proscritos; y yo, uno de ellos, volví á su seno y á los brazos de mi familia, causándome al atravesar el Pirineo el oír nuevamente el

idioma español una sensación de placer inexplicable, que sumergió mi alma en un delicioso delirio, donde se borraron de mi memoria mis largos padecimientos... Abusando estoy sin duda de la benignidad que soy escuchado, hablando inconsideradamente de mí mismo... Discúlpese este extravío... ¡Es tan dulce para los que desgraciados fueron el recordar sus infortunios cuando es pasado el mal influjo de las estrellas, que siempre se mezclan sus recuerdos con cuanto piensan, hablan y escriben!

He recordado la decadencia de nuestro idioma, que si bien empezó, como era forzoso, con la decadencia de la monarquía y con el menosprecio de nuestras instituciones saludables, cayó en decrepitud en el deplorable reinado del imbécil Carlos II; y murió, por decirlo así, poco después con la desnaturalización de estudios y de preceptos, que siguió como era regular á la violenta desnaturalización de ideas y de intereses nacionales. Y he dicho también que esta ilustrada Academia fué la guardadora única de la pureza del lenguaje patrio; y lo fué y lo ha sido ayudada por algunos pocos escritores, que *apparent rari nantes* en el largo período transcurrido desde la extinción de la dinastía austriaca; y por los esfuerzos del Sr. D. Carlos III, príncipe á quien entre otros mayores beneficios debe mucho España por sus esfuerzos para restaurar las letras y el habla de nuestros antepasados. Pero la Academia no podía ser más que su conservadora, ó por mejor decir el santuario en que se guardaba su última llama trémula y moribunda; aquellos raros escritores, estrellas fugitivas; y los deseos de un monarca, infructuosos; cuando la fuerza de las circunstancias tenía aprisionado al ingenio y viecidas las fuentes del saber. La censura, la inquisición, el fanatismo, y una política equivocada y opresora, no son elementos que producen escritores, y no habiendo escritores no hay idioma. Los idiomas crecen con el siglo, adelantan con la sociedad, se nutren con los nuevos descubrimientos de que nacen nuevas ideas, se perfeccionan con el uso libre é ilustrado. Pero cuando no tienen esos caminos por donde ensancharse y medrar, se estancan cuando se estanca la civilización, retroceden, se pierden y se confunden con los idiomas extranjeros, que siguen como un torrente en el curso de los progresos humanos. Así ha sucedido con el español, un día dominante en ambos mundos; hoy circunscrito, con grandes mermas y desmejoras, á los límites de nuestra Península.

Afortunadamente comienza otra época más venturosa, que así como será de regeneración para nuestra patria, lo será para nuestra lengua. La juiciosa libertad que empieza á restablecerse en España, con la oportuna restauración de nuestras antiguas leyes fundamentales, que pronto se desarrollarán majestuosamente, cual lo exige el interés público, no tardará en ponernos al nivel de las na-

ciones civilizadas, y dará por consecuencia un nuevo impulso á nuestro idioma, al dar nueva fuerza y nacionalidad á nuestros pensamientos. Quitadas las trabas al ingenio, prenda española, como producción de ese cielo trasparente y magnífico que nos cubre, volará de nuevo y sacará de los espacios inmensurables de la imaginación tesoros abundantísimos en que hacer alarde de la pompa y gala del castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales. Familiarizados los españoles con las ciencias modernas, amoldarán su lenguaje á la precisión y claridad que deben tratarse tales materias. Abierta la comunicación franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto, nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura, y por consiguiente nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras; que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben de ser repelidos y desechados; y que aún los preceptos menos controvertidos, no pueden hacer más que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos que pueden seguirse con buen éxito. Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra literatura, haciéndola más lógica y un tanto ménos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzosamente hubieron de perderse en las argucias y sofismas del escolasticismo.

Peru los elementos que más levantarán el habla española en esta nueva y feliz época de la libertad, serán indudablemente el teatro, la sociedad y la tribuna pública. En el teatro, cayendo á par de las preocupaciones políticas las literarias, y animados nuestros poetas con el ejemplo de los más insignes de que hoy blasona la Europa culta, veremos revivir los ingenios de Lope, de Calderon, de Moreto, de Alarcón y de Solís. Y con el cultivo de la comedia española, cual ellos la concibieron y fundaron, renacerán aquellas frases discretas y corteses, aquella conversación amena y picante, aquella expresión feliz de los humanos afectos y un buen gusto y cultura universales; quedando en el olvido (que ya es tiempo) los frios y compasados diálogos franceses, las ya caducadas frases de la corte de Versalles, y el giro de conversación cortado, violento y opuesto totalmente á nuestro modo de ver y de sentir. La sociedad, que empezará á gustar las delicias de la cultura, y que verá con pasmo que el pensar y el escribir no son origen seguro de persecución; aficionada ya á los admirables romances de Walter Scott

y á la sublime originalidad de Lord Byron y de Victor Hugo, animará á algunos ingenios privilegiados para que resuciten nuestras viejas crónicas y olvidados romances en novelas históricas, donde la variedad de situaciones ofrezca margen ora á imitar los largos períodos narrativos de Mariana, ora las escogidas y simétricas frases de Solís, ora las festivas y sonoras cláusulas de Cervantes, ora los apasionados capítulos de Fr. Luis de Granada. La tribuna pública abre el más ancho y hermoso campo á la elocuencia, para en él trabajar y perfeccionar el lenguaje, ya desplegando toda su pompa y majestad en los discursos de aparato, ya toda su abundancia y elasticidad en presentar los argumentos y raciocinios, ya amoldándole á la precisión indispensable en los cálculos, y á la pura y sencilla claridad con que deben controvertirse los negocios de interés general.

Nuestra lengua, la más magnífica y sonora de las modernas de Europa (aunque perdona la italiana), necesita cultivo, no nos alucinemos, necesita cultivo para ponerse al nivel de las otras que valen esencialmente mucho ménos que ella... Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad. Necesita cultivo, para unir á su pompa y gallardía la precisión, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Aquél ha adquirido sus dotes inapreciables en los debates parlamentarios, en el espíritu de asociación, en la abundancia de escritores especulativos, en la cantidad de sus poetas filósofos. Este ha adquirido sus ventajas en los salones y teatros, en la limitada libertad de pensar y escribir, en los adelantos de la civilización.

En tanto nuestra lengua, formada mucho ántes que éstas de que acabo de hablar, y perfecta y adulta cuando aquéllas estaban en la infancia más ruda, paralizada de pronto cuando se hallaba sólo reducida á crónicas, á autores ascéticos, á varios libros de pastitipio, y á poetas que tenían que perder las fuerzas de un ingenio colosal en descoloridas copias, en fruslerías y en vanas amplificaciones, se acogió al teatro, que era el campo de sus triunfos; pero muy luego un perverso gusto, hijo de una época fatal, la arrojó también de aquel último atrincheramiento. Paralizada, pues, vuelto á decir, por no decir retrógrada, cuando comenzó el rápido progreso en que tan corta parte ha tomado nuestra desgraciada nación, se ha conservado afortunadamente en este santuario, pura, ya que anduviere desfigurada en el uso común, para que pueda ahora aprovechar las felices circunstancias de regeneración universal que nos ofrece el cielo propicio. Aprovechese, pues, de ellas nuestra lengua patria, brille cual le compete, no sólo como la más sonora y majestuosa, sino como la más culta, preciosa y pulimentada de cuantas suenan en el mundo; y sea la gloria de esta corporación ilustre, que nos la guardó y conservó durante su adversa fortuna.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EL DIA 24 DE ABRIL DE 1853

SEÑORES:

Es tan grande la emoción que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudó si mis labios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en los afectos que arden en mi corazón. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta corporación insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones, ha llevado aún más allá el exceso de sus bondades, señalando este día solemne en los fastos de la Academia para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el santuario de la Historia.

Porque hoy es, señores, el día señalado para coronar el acierto de los escritores que han sobresalido en el examen de los dos puntos históricos interesantes que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que da á la ciencia, premiando del modo más lisonjero y más honroso á los que en su cultivo sobresalen.

Digno empleo ciertamente de esta sabia é ilustre corporación el de estimular y recompensar el

estudio de la historia! De la historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que da lecciones severas y graves á la presente, y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la historia, en que se ve y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atravesando los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sabias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la cúpula de San Pedro y el monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin más impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilización moderna, en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio más interesante, más alto, más sublime que el de la historia; porque el estudio de la historia es el estudio de la humanidad, y

al mismo tiempo el estudio de la Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la historia, cuánto el hombre puede y alcanza, más que por su organización física, la más perfecta de todos los seres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmortal é imperecedera que le infundió el Omnipotente, y se estudia y se comprende la lucha eterna en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia; también en las páginas de la historia se contemplan, se estudia, se comprende cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar por ella libremente y según los impulsos del libre albedrío, lo empuja benéfico ó lo detiene justiciera, según marcha hacia el fin ó retrocede del fin á que lo tiene destinado para sus miras santas é inescrutables.

Si del estudio de la historia general pasamos al de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y éste interés y esta utilidad suben á su más alto punto cuando se trata de la historia de la propia nación. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son más aplicables al tiempo presente; pues la vida de los